

## CAPÍTULO VII

## De cómo el príncipe heredero podía estar á la vez en Silicia y en Calabria

SEÑOR, ¿ se acuerda V. M. de SS. AA. reales Victoria y Adelaida, hijas de S. M. el rey Luis XV?

— Tan me acuerdo de esas pobres viejas, que antes de abandonar á Nápoles hice que les dieran cosa de diez ó doce mil ducados, mandándoles á decir al mismo tiempo que se embarcaran en Manfredonia para Trieste ó que, si así lo preferían, vinieran á reunirse con nosotros á Palermo.

— ¿ Se acuerda también V. M. de los siete guardias de corps que venían acompañándolas, y de que uno de ellos, Mr. de Bocchechiampe, había sido recomendado muy particularmente por el señor conde de Narbona?

— Recuerdo todo eso, eminentísimo.

— Pues siendo así, V. M. no puede haber olvidado que uno de los siete guardias tenía maravillosa

semejanza con S. A. R. el príncipe heredero.

— ¡ Justamente! y tan grande era su parecido, que yo mismo me engañé cuando le vi por primera vez.

— Pues bien, señor, en las críticas circunstancias en que nos hallábamos, se me ocurrió la idea de utilizar ese fenómeno.

Aunque el rey no podía adivinar aún lo que Ruffo iba á decirle, tal era la confianza que le inspiraba el genio del cardenal, que empezó á mirarle con aire de asombro.

Ruffo continuó:

— Antes de salir de Nápoles llamé á de Cesare, respecto á cuyo valor no tenía la menor duda, sabiendo que era corso; y como temía que el príncipe de Calabria no consintiese en desempeñar un papel activo en la guerra que se preparaba, sin indicar mi proyecto al joven oficial, le dije que el extraordinario parecido que tenía con el príncipe heredero no era un capricho de la casualidad, sino más bien una semejanza concedida por la Providencia para el cumplimiento de grandes designios.

— ¿ Y qué respondió? preguntó el rey.

— Debo decir, en honor de la verdad, que no vaciló un instante. « Yo no soy más que un átomo en el drama que se representa, me dijo; pero mi

vida y la de mis compañeros pertenecen al rey. ¿Qué es lo que puedo hacer? — Nada, le respondí, nada más que someteros á lo que hagan de vos. — Pero, ¿debemos seguir un plan cualquiera?... — Acompañad hasta Manfredonia á SS. AA. RR., y, así que se embarquen, seguid la costa oriental de la Calabria hasta Brindis. Si nada os sucede en todo el camino, tomad en Brindis un jabeque ó una tartana, y dirigíos á Sicilia; si, por el contrario, os sucede algo de insólito y sorprendente, sois hombre de valor y de talento y me parece inútil deciros que aprovechéis las circunstancias: vuestra fortuna y la de vuestros compañeros están en vuestras manos, pero una fortuna que ni en vuestros más ardientes sueños de ambición habéis podido entrever...

— Luego, ¿fundabais en ellos algún proyecto?

— Evidentemente.

— Entonces, si teníais confianza en su valor, ¿por qué no se le comunicabais?

— Porque eran siete, señor, y temía que alguno de ellos me vendiese... ¿Quién puede asegurar que entre siete hombres no habrá un solo traidor?

El rey lanzó un suspiro.

— ¿Pero supongo que á mí no me le ocultaréis?

— No, señor, continuó, y con tanto menos motivo, cuanto que ha tenido un éxito completo.

— Os escucho, repuso el rey.

— Nuestros siete jóvenes siguieron religiosamente las instrucciones que les había dado. Una vez embarcadas las dos princesas, costearon la Calabria meridional, donde les esperaba uno de mis agentes, en cuya reserva tenía la mayor confianza, por la sencilla razón de que tampoco sabía una palabra de mi proyecto.

— Estáis cortado, querido Ruffo, para primer ministro, no de un Estadillo de mala muerte como Nápoles, sino de una gran potencia como Francia, Inglaterra ó Rusia. Proseguid. ¿Quién era ese agente y en qué consistía su cometido?; Sois un gran maestro en política, mi querido cardenal!; Lástima que no tengáis en mí un discípulo más aprovechado!

— Ese agente, á quien hace un año nombró Vuestra Majestad prefecto de un distrito por recomendación mía, vive en la ciudad de Montejasi, por cuyo punto debían pasar nuestros aventureros. Le escribí diciéndole que S. A. R. el duque de Calabria, decidido á tentar un golpe de mano á fin de reconquistar el reino de su padre, acababa de embarcarse para aquella provincia en compañía del duque de Sajonia, de su condestable y su gran escudero. Al mismo tiempo le recomendaba que, á fuer de súbdito fiel, velase por la seguridad del príncipe

caso que abortaran sus planes, y que le prestase el más enérgico y decidido apoyo á la menor probabilidad de buen éxito que aquéllos tuvieran. Por último, le invitaba á transmitir el secreto de la expedición á los amigos que le inspirasen entera confianza. Teniendo el pedernal y el eslabón, esperé tranquilamente que brotara la primera chispa.

— Sí, ya sé que el pedernal se llamaba de Cesare; pero ¿ cómo se llamaba el eslabón?

— Buonafede Girona, señor.

— Es preciso no olvidar ninguno de esos nombres, mi eminentísimo; porque si algún día debo castigar á los culpables, también debo premiar á los buenos servidores.

— Lo que yo había previsto sucedió al pie de la letra, prosiguió Ruffo. Los siete jóvenes pasaron por la ciudad de Montejasi, capital del distrito de nuestro intendente, y fueron á parar á una mala posada, á cuyo balcón salieron á respirar el aire libre después de comer. El prefecto, que no tenía noticia de su presencia, al saber que eran siete, calculó en seguida que aquellos siete personajes podían ser muy bien el duque de Calabria, el de Sajonia, el condestable Colona, el gran escudero Bocchechiampe y demás personas de su comitiva. Por otra parte, empezaron á circular por la ciudad

rumores diametralmente opuestos: declábase que los siete jóvenes eran agentes jacobinos que iban á *democratizar* la provincia. Pero como quiera que la provincia es de suyo poco democrática, acto continuo se reunieron en la plaza cuatrocientas ó quinientas personas, y ya se disponían á jugar una mala pasada á los viajeros, cuando llegó el prefecto Buonafede Girona, es decir mi hombre, y se abrió paso por entre la muchedumbre, diciendo que á él, primera autoridad del país, cumplía asegurarse de la identidad de las personas que atravesaban la capital de su distrito, y que por tanto, iba á subir á la posada á fin de interrogar á los forasteros. Los montejasienses sabrían, pues, á qué atenerse antes de diez minutos.

Conociendo los jóvenes, aunque sin adivinar el motivo, los murmullos amenazadores que provocaba su presencia, acababan de retirarse del balcón y de cerrar la puerta, cuando les anunciaron la visita del intendente. Este anuncio redobló su inquietud en vez de calmarla. Como de Cesare era el director de la expedición y el que siempre tomaba la palabra en las circunstancias críticas, salió al encuentro del prefecto para preguntarle la causa de las malas intenciones que les manifestaban los habitantes de Montejasi.

Á la vista de Cesare, las sospechas de Buonafede quedaron plenamente confirmadas. Los siete viajeros eran sin duda alguna los mismos que yo le había recomendado, y el buen Gironda creyó tener enfrente de sí al príncipe heredero.

Por consiguiente, se descubrió con el mayor respeto, y dejó escapar este grito:

— ¡ El príncipe real ! ¡ Su Alteza el duque de Calabria !

De Cesare se estremeció. El acontecimiento insólito, increíble, que yo le había predicho, invitándole á que se aprovechase de él, vino entonces á su memoria ; la fortuna inesperada, inaudita, que ni en los sueños de su más ardiente ambición había podido entrever, la tenía delante de sí, y podía obtenerla con sólo alargar el brazo.

El joven oficial miró á sus compañeros, y animado por el signo de aprobación que éstos le hacían, avanzó hacia el intendente y, por toda respuesta, le dió su mano á besar con admirable dignidad.

— ¿ Sabéis, eminentísimo, que vuestro de Cesare es un hombre de pro ? dijo el rey.

— ¡ Aun no puede V. M. juzgarle, señor !... El intendente se levantó y suplicó á S. A. que le presentase al duque de Sajonia, al condestable

Colona y al gran escudero Bocchechiampe: él mismo indicaba al falso príncipe los nombres que debía dar á sus compañeros y los títulos con que debía calificarlos. Pero los aullidos de la muchedumbre, que se impacientaba en la plaza, no dieron lugar á que se terminase la presentación. Tres ó cuatro piedras rompieron los cristales y fueron á caer á los pies del príncipe y del intendente; entonces éste abrió el balcón, cogió á de Cesare por la mano y, presentándole á la muchedumbre que miraba estática la buena inteligencia que reinaba entre el prefecto y los agentes jacobinos, gritó con toda la fuerza de sus pulmones: « ¡ Viva el rey Fernando ! ¡ viva nuestro príncipe heredero Francisco ? »

Imagine V. M. el efecto que esta presentación y este grito producirían en la muchedumbre. Algunos montejasenses que habían estado en Nápoles y visto al duque de Calabria, le reconocieron ó creyeron reconocerle. Un inmenso clamor de: « ¡ Viva el rey ! ¡ viva el príncipe heredero ! » respondió al grito del intendente. De Cesare hizo un saludo regio.

Dominando los vivas y las aclamaciones siempre «recientes, dos ó tres voces gritaron entonces: « ¡ Á la catedral ! ¡ á la catedral ! » Nada regocija

tanto al pueblo como un *Te-déum*. Por consiguiente, la multitud repitió en coro: « ¡ Á la catedral! ¡ á la catedral! » Diez emisarios fueron acto continuo á prevenir al arzobispo que se preparase á cantar un *Te-Déum*. Por último, el falso príncipe abandonó su humilde alojamiento, y en medio del entusiasmo general y de un inmenso concurso que le vitoreaba con frenesí, fué llevado á la iglesia en brazos de la muchedumbre. La venturosa nueva se propagó por el distrito con la velocidad del rayo, y de todas las localidades inmediatas salieron al día siguiente diputaciones, las cuales se dirigieron á Montejasi á felicitar á S. A. De Cesare las recibió con su dignidad acostumbrada, anunciándoles que iba de parte de V. M. á reconquistar el reino, y que para tamaña empresa confiaba en el valor y lealtad de los que algún día serían sus súbditos.

— ¡ Vamos, decididamente no es un hombre vulgar el que hace todo eso! dijo el rey; veo que no anduve muy descaminado al regalarle en Caserta la casaca de teniente.

— Pues aun falta lo mejor, señor, replicó Ruffo. En aquel mismo día llegó á Montejasi la noticia de que las princesas de Francia, que se habían embarcado para Trieste, habían vuelto de arribada á Brindis á causa del viento contrario. Esta

circunstancia permitía aventurar un golpe maestro que tapase la boca á los más incrédulos y escépticos: tal era el de ir á hacerles una visita, exponerles francamente la situación y pedirles que reconocieran al falso príncipe. El cariño que las buenas señoras tenían al jefe de sus guardias y su adhesión á SS. MM. sicilianas las decidirían á echar sobre su conciencia una mentira que no podría menos de redundar en provecho de los intereses del rey. Una vez dado el primer paso, de Cesare estaba resuelto á llevar la ficción hasta el último límite. Así es que en aquella misma tarde salió para Brindis, anunciando que iba á hacer una visita á sus respetables primas las hijas de Luis XV. Al día siguiente, la ciudad entera de Brindis sabía la llegada del príncipe, y las autoridades fueron á felicitarle al palacio de D. Francesco Errico, el cual había tenido el honor de alojar al duque.

Á eso de las doce, nuestros siete jóvenes se dirigieron al puerto en medio de un inmenso gentío: el príncipe marchaba delante y los otros seis iban detrás, rindiéndole todos los honores debidos á su rango. Las princesas no habían querido desembarcar y se hallaban á bordo de su jabeque.

Al ver á sus siete guardias de corps, las pobres manifestaron vivísima alegría. De Cesare solicitó entonces

hablarles en particular, y bajó con ellas á la cámara, mientras que sus seis compañeros permanecían sobre cubierta con el conde de Chatillón, su antiguo conocido.

Las princesas tenían ya noticia de que el príncipe heredero había llegado á Calabria; pero estaban muy lejos de pensar que el tal príncipe fuese de Cesare. Éste les refirió en cuatro palabras todo lo que había ocurrido y les preguntó si debía seguir adelante con el engaño.

La opinión de las princesas fué que el joven hacía perfectamente en aprovechar la buena coyuntura que le ofrecía el destino; y como de Cesare les manifestase sus escrúpulos de que tal vez el rey y el príncipe heredero no llevasen á bien la superchería, le respondieron que ellas se encargaban de arreglar el asunto con V. M. y con el duque de Calabria.

Entonces el joven oficial, en el colmo de la alegría, les pidió que le diesen una prueba que á los ojos del público pudiese confirmar su parentesco. Sus Altezas Reales consintieron en ello, subieron con él á cubierta, diéronle sus manos á besar y acompañaron al ilustre visitador hasta la escalera del jabeque. Allí, de Cesare tuvo el honor de recibir de ellas, por vía de despedida, un cariñoso abrazo.

— ¿Sabéis, eminentísimo, que vuestro de Cesare

es todo lo que se llama un valiente? dijo el rey.

— Sí, señor; y la prueba es que sus compañeros, no atreviéndose á proseguir la aventura, le han abandonado, á excepción de Bocchechiampe, embarcándose para Corfú.

— ¿Y cuál ha sido el resultado?

— El resultado ha sido que de Cesare y Bocchechiampe, esto es, el príncipe Francisco y su gran escudero se hallan en Tarento con tres ó cuatrocientos calabreses y que todo el país de Bari se ha levantado en nombre de V. M.

— ¡Magníficas noticias, eminentísimo! Y ¿no habría medio de sacar partido de ese levantamiento?

— Sí tal, señor, y por eso precisamente he venido á ver á V. M.

— Y mi majestad se regocija, como siempre, de vuestra presencia... Conque, vamos al asunto; porque os confieso que por muy filósofo que yo sea, no me disgustaría arrojar á los franceses de Nápoles y colgar algunos jacobinos en la plaza del Mercato Vecchio. ¿Qué hay que hacer para conseguirlo, querido cardenal?... ¿Oyes, Júpiter? ¡vamos á ahorcar jacobinos! ¡Je! ¡Je! ¡sería gracioso!

— ¿Lo que hay que hacer para conseguirlo? preguntó Ruffo.

— Sí, quisiera saberlo.

— Pues bien, señor, no hay más que hacer sino dejarme acabar la obra que he empezado.

— ¡Acabadla, acabadla, eminentísimo!

— ¡Pero yo solo, señor!

— ¡Cómo! ¿solo?

— Esto es, sin el concurso de ningún Mack, de ningún Pallavicini, de ningún Maliterno, de ningún Romana.

— ¿Y tú solo quieres reconquistar á Nápoles?

— Sí, señor, solo, con de Cesare por teniente y con mis buenos calabreses por todo ejército. He nacido entre ellos, me conocen, y mi nombre, ó mejor dicho, el de mis abuelos, se pronuncia con veneración en las más apartadas cabañas. Que V. M. me dé su consentimiento y los poderes necesarios, y prometo estar antes de tres meses á las puertas de Nápoles con sesenta mil hombres.

— ¿Y cómo reunirás ese ejército?

— Predicando la guerra santa, elevando el crucifijo en la mano izquierda y la espada en la derecha, amenazando y bendiciendo. Lo que los Fra-Diávolo, los Mammone y los Pronio han hecho en los Abruzzos, en la Campania y en la tierra de Labor, yo lo haré también, Dios mediante, en Calabria y en la Basilicata.

— Pero, ¿y las armas?

— ¿No tiene cada calabrés una escopeta? Y en último caso, nos apoderaremos de las que lleven los jacobinos que envíen á combatirnos.

— ¿Y el dinero?

— Ya lo encontraré en las cajas de las provincias. Para terminar mi obra no me hace falta sino el beneplácito de V. M.

— ¿Mi beneplácito?... ¡pues desde ahora te le concedo! ¿Cuándo entras en campaña?

— Hoy mismo, señor. Pero ya sabe V. M. cuáles son mis condiciones.

— Solo, sin armas y sin dinero, ¿no es esto?

— Sí, señor. ¿Le parece á V. M. que soy demasiado exigente?

— ¡No, á fe mía!

— Pero necesito que se me concedan poderes amplios; necesito ser el vicario general, el *alter ego* de V. M.

— Serás cuanto te diere gana, y hoy mismo, en pleno consejo, declaro que tal es mi voluntad.

— ¡Entonces, todo se ha perdido!

— ¡Que todo se ha perdido!

— Sin duda. En el consejo no tengo más que enemigos. La reina me aborrece, Actón me odia, Nelsón me detesta, el príncipe de Castelcicala me

execra. Aunque los otros ministros me apoyasen, ¡bien parado saldría del consejo con semejante mayoría!... No, señor, no es así como hay que proceder.

— ¿Cómo?

— ¡Sin consejo de Estado, sin más voluntad que la del rey, sin más ayuda que la de Dios! Por ventura, ¿he necesitado yo de alguien para llevar las cosas al término en que hoy se hallan? Pues tampoco necesitaré de nadie para rematar mi empresa. ¡Guardemos, pues, el secreto y no digamos ni un palabra de nuestros planes! Hoy salgo para Mesina acompañado de mi capellán y de mi secretario, atravieso el estrecho, llego á Calabria, y una vez allí, expongo á mis valientes calabreses el objeto de mi viaje. Entonces se reunirá el consejo de Estado, con Vuestra Majestad ó sin V. M., pero ya será tarde y sus decisiones no me importarán un ardite. Acto continuo marchó sobre Cosenza, ordeno á de Cesare que venga á reunirse conmigo, y como he dicho á V. M., acampo antes de tres meses bajo los muros de Nápoles.

— Pues como seas capaz de hacer eso, Fabricio, te nombro de por vida, primer ministro, y quito al imbécil de mi hijo Francisco el título de duque de Calabria para dártelo á ti.

— Si llego á cumplirlo, V. M. hará lo que hacen los reyes por los cuales se sacrifica uno : se apresurará á olvidar. Hay servicios tan grandes, que no pueden pagarse sino con la ingratitud, y el que yo preste á V. M. pertenecerá á ese número. Pero el objeto que me propongo es más elevado que la adquisición de riquezas y honores : tengo ambición de gloria y fama, y quiero que la posteridad inscriba mi nombre junto al de los Monk y al de los Richelieu.

— Y yo te ayudaré con toda mi alma, Fabricio, aunque á decir verdad no sé quiénes son, ó mejor dicho, quiénes fueron esos personajes. Conque ¿cuándo dices que vas á partir?

— Hoy mismo, si V. M. consiente en ello.

— ¡Cómo! ¿que si consiento?... ¡pues me gusta! No sólo consiento, sino que te excito á que lo hagas cuanto antes. Pero, ¿supongo que no marcharás sin algún dinero?

— Tengo un millar de ducados, señor.

— Y yo debo tener dos ó tres mil en mi escritorio.

— Pues es todo cuanto necesito.

— ¡Ah! escucha... Mi nuevo ministro de Hacienda, el príncipe Luzzi, me previno ayer que el marqués Francesco Taccone había llegado á Mesina con quinientos mil ducados que cobró en casa de

Backer en cambio de billetes de banco. Y á propósito de los Backer, eminentísimo, son personas que os recomiendo: así que entremos en Nápoles y así que seáis primer ministro, les daremos la cartera de Hacienda.

— Bien, señor ; pero volvamos á nuestros quinientos mil ducados.

— Pues voy á firmarte una orden para que Taccone te los entregue. Ellos serán tu caja militar.

El cardenal se echó á reir.

— ¿ Por qué te ríes ? le preguntó el rey.

— Me río de ver que V. M. ignora una cosa que todo el mundo sabe.

— ¿ Y es ?

— Que quinientos mil ducados que viajan de Nápoles á Sicilia se pierden siempre en el camino.

— Es muy posible. Pero á lo menos, el general Danero, el gobernador de la plaza de Mesina, pondrá á tu disposición las armas y las municiones que necesites y algunos hombres de tropa que sirvan de base á tu futuro ejército.

— Probablemente hará lo mismo que el tesorero Taccone. Pero no importa, señor : déme V. M. ambas órdenes. Si Taccone me entrega los ducados y el general las armas, eso me encontraré ; si no,

ya sabe V. M. que no por eso dejaré de seguir adelante.

El rey cogió dos hojas de papel y extendió y firmó las órdenes.

Mientras tanto, el cardenal sacó del bolsillo un pliego y se le presentó á Fernando.

— ¿ Qué es esto ? preguntó el monarca.

— Mi diploma de vicario general y de *alter ego*.

— ¿ Que has redactado tú mismo ?

— Para no perder tiempo, señor.

— Perfectamente ; y como no quiero que te detengas ni un minuto...

Y el rey cogió la pluma y puso la mano bajo la última línea.

Ruffo le detuvo en el momento en que iba á firmar.

— Lea V. M. antes, señor.

— ¡ Bah ! lugar tengo de leerlo.

Y firmó el diploma del cardenal.

## CAPÍTULO VIII

### El primer paso hacia Nápoles

Ruffo lo había previsto todo: había organizado la contrarrevolución como un político, inquirido noticias como un prefecto de policía y preparado la guerra como un general; y mientras que el barón Mack depositaba su espada á los pies de Championnet, él hacinaba elementos para provocar la guerra santa, y sin armas, sin municiones, sin recursos de ninguna especie, ofrecía marchar á la conquista de Nápoles enarbolando el lábaro de Constantino y gritando al pueblo: *In hoc signo vinces*.

¡Extraño país y extraña sociedad, en que los salteadores de caminos eran los que defendían el reino y un sacerdote el que habría de reconquistarle una vez perdido!

Contra su costumbre, Fernando guardó el secreto y cumplió su promesa. Dió al cardenal los dos mil ducados ofrecidos, los cuales, unidos á los mil

que Ruffo tenía, formaban una suma de doce mil quinientos francos próximamente.

El mismo día que se firmó el diploma y las órdenes de que hemos hecho mención, esto es, el 27 de Enero, el cardenal se despidió del rey so pretexto de hacer un viaje á Mesina y se puso en camino para la ciudad que da nombre al estrecho.

Cuatro días empleó en salvar la distancia que media entre ambas poblaciones.

Ruffo llegó á Mesina en la tarde del 31 y acto continuo buscó al marqués de Taccone, quien debía entregarle por orden del rey los quinientos mil ducados que traía de Nápoles. El cardenal encontró al marqués; pero según él había previsto, los ducados no parecieron.

Á la intimación de Ruffo, el marqués Taccone respondió que antes de su salida de Nápoles había entregado al príncipe Piñatelli, por orden del general Actón, todas las cantidades que obraban en su poder. Entonces el cardenal, apoyándose en la orden del rey, le pidió cuentas del estado de su caja. Viéndose entre la espada y la pared, el marqués dijo que habiendo quedado en Nápoles todos los registros y papeles de la tesorería, le era imposible rendirlas. Ruffo no extrañó este resultado: le había previsto y aun se le había predicho al

monarca. Pensando que, después de todo, las armas y las municiones le eran más necesarias que el dinero, renunció á los ducados del marqués y fué á presentar la segunda orden al gobernador de la plaza. Pero el general Danero se las negó, no obstante la orden expresa del rey, so pretexto de que no merecía la pena de entregárselas al cardenal para que cayeran en manos de los enemigos.

Ruffo escribió á Palermo quejándose al rey: Taccone y Danero escribieron también disculpándose del mejor modo posible.

Á fin de que no le quedara ningún escrúpulo, el cardenal resolvió esperar en Mesina la respuesta del monarca, respuesta que llegó al sexto día por conducto del marqués de Malaspina.

El rey se quejaba melancólicamente de no estar servido sino por ladrones y traidores: invitaba á Ruffo á que hiciese la guerra y llevase á cabo la expedición con los únicos recursos que le facilitara su genio, y concluía suplicándole que admitiese por su edecán al marqués de Malaspina.

Era evidente que Fernando, siguiendo su costumbre de desconfiar de todo el mundo, empezaba á desconfiar del cardenal y le mandaba un espía.

Por fortuna, el espía que le mandaba era muy poco á propósito para semejante cargo. Al leer la

carta del rey, Ruffo sonrió y miró al marqués.

— La súplica del rey, señor marqués, le dijo, es, á no dudarle, una orden expresa, por más anómalo que sea el hacer de un guerrero como vos el edecán de un prelado. Pero tal vez S. M. os habrá hecho algunas recomendaciones particulares que realcen vuestra posición cerca de mí.

— Sí, eminencia, respondió Malaspina; me ha prometido volverme á su gracia si consentía en escribirle una correspondencia particular, dándole cuenta de vuestras menores acciones. Por lo visto, inspiro más confianza á S. M. como espía que como cazador.

— Según eso ¿tenfais la desgracia de no estar en muy buen predicamento con el rey, señor marqués?

— Hace tres semanas que no formo parte de su juego.

— Y ¿qué delito habéis cometido para semejante castigo?

— Uno imperdonable, Eminencia.

— Confesádmelo, continuó el cardenal sonriendo. Yo tengo poderes de Roma y os daré la absolución.

— Pues consiste nada menos que en haber herido á un jabalí en la barriga en vez de herirle bajo el brazuelo.

— Marqués, mis poderes no alcanzan á absolveros de semejante crimen; pero quiere decir que, así como el rey os ha recomendado á mí, yo os recomendaré al gran penitenciario de San Pedro.

Luego, tendiéndole la mano:

— Bromas aparte y hablemos formalmente, señor marqués, añadió con gravedad. No os pido ni que deis pábulo á la desconfianza del monarca, ni que hagáis mi apología. Sólo os digo: ¿queréis, á fuer de napolitano franco y leal, servir á vuestro país?

— Eminencia, respondió Malaspina, conmovido á pesar de su escepticismo por la franqueza y la lealtad de Ruffo, me he comprometido á escribir al rey una vez cada semana; pero os juro por mi honor de que no le mandaré ni una carta sin que antes la hayáis leído.

— Es inútil, señor marqués. Yo trataré de conducirme de modo que podáis cumplir vuestra misión en conciencia, refiriéndoselo todo á S. M.

En aquel momento anunciaron al consejero D. Angelo de Fiore que acababa de llegar de Calabria: Ruffo dió orden de que entrara inmediatamente.

Malaspina quiso entonces retirarse; pero el cardenal le detuvo diciéndole:

— Tened la bondad de quedaros, marqués, y em-

pezaréis á entrar en el ejercicio de vuestras funciones.

El consejero D. Angelo de Fiore apareció en la puerta.

Era un hombre de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años, de facciones duras y rudamente acentuadas y cuya mirada torva contrastaba con la dulzura de su nombre.

Don Angelo era en extremo pesimista. Acababa de llegar de Calabria y venía á anunciar que Palmi, Bagnara, Escila y Reggio se hallaban en vísperas de democratizarse. Por consiguiente, invitaba al cardenal á que desembarcase en el continente lo más pronto posible, porque de otro modo las ciudades se pronunciarían en favor de los republicanos y sería muy difícil inclinar á la causa del rey los ánimos vacilantes.

El cardenal miró á Malaspina.

— ¿Qué pensáis acerca de esto, señor edecán? le preguntó.

— Que no debemos perder ni un minuto y que es preciso embarcarse inmediatamente.

— Esa es también mi opinión, dijo Ruffo.

Pero como ya era demasiado tarde para marchar en el mismo día, determinaron atravesar el estrecho á la siguiente mañana.

No bien amaneció el 8 de Febrero de 1799, el cardenal se embarcó en Mesina, y una hora después saltaba en tierra en la playa de Catana.

Ruffo llevaba un estandarte sobre el cual se veían las armas reales, bordadas en uno de sus lados, y en el otro, una cruz con esta leyenda de las conquistas religiosas, leyenda que hemos citado hace poco :

*In hoc signo vinces.*

Don Angelo de Fiore, que le había precedido la víspera, le esperaba en la playa con trescientos hombres, en su mayor parte vasallos de los Ruffos de Escila y de los Ruffos de Bagnara, hermanos y primos del cardenal.

Escipión, al saltar en la costa de África, se levantó sobre una rodilla, después de haberse caído, exclamando : « Esta tierra es mía, puesto que me abraza. »

Al poner la planta en la playa de Catana, Ruffo elevó las manos al cielo, diciendo : « ¡ Calabria, recíbeme como á un hijo ! »

Gritos de alegría y entusiastas aclamaciones acogieron esta sencilla plegaria de uno de los más célebres hijos de aquel rudo *Brutium* que en tiempo de los romanos servía de asilo á los esclavos fugitivos.

El cardenal, después de haber dirigido una sentida alocución á sus trescientos hombres, fué con ellos á alojarse á casa de su hermano el duque de Baranella, cuya *villa* estaba situada en uno de los más hermosos parajes de aquel magnífico estrecho. Ruffo desplegó la bandera real en el balcón de la quinta, frente á la cual acampó la pequeña hueste destinada á servir de núcleo al futuro ejército.

Desde aquella primera etapa, el cardenal escribió y dirigió una encíclica á los obispos, á los curas, al clero, á toda la población, no sólo de las Calabrias sino del reino entero. En ella explicaba el motivo que le había hecho salir de Sicilia, las esperanzas que abrigaba al marchar sobre Nápoles y concluía señalando por punto de reunión á los hombres de la montaña y de la llanura que respondiesen á su llamamiento, las ciudades de Palmi y Mileto ; aquella para los primeros, ésta para los segundos.

Escrita la encíclica-proclama, se copiaron veinticinco ejemplares, á falta de imprenta, y se expidieron por medio de correos á las principales poblaciones : hecho esto, el vicario general se asomó al balcón á fin de respirar el aire libre y de recrear la vista con el magnífico panorama que se descubría desde aquel punto.

Aunque el círculo del horizonte que abrazaba su vista le ofreciese objetos del mayor interés, la mirada del cardenal se fijó á pesar suyo en una barquilla tripulada por tres hombres que en aquel momento doblaba la punta del faro.

Dos de aquellos hombres se hallaban á proa y se ocupaban en la maniobra de una pequeña vela latina; el tercero, sentado en la popa, tenía en la mano derecha la escota de la vela, y con la izquierda gobernaba el timón.

Cuanto más miraba el cardenal á este último, más y más creía reconocerle. Sus dudas se disipaban á medida que el ligero esquife salvaba la distancia que le separaba de la costa.

Aquel hombre era el almirante Caracciolo, quien, en virtud de su dimisión, volvía á Nápoles y desembarcaba en Calabria casi al mismo tiempo que Ruffo. Pero con distinto objeto.

Calculando la diagonal que seguía la barca, era evidente que debía atracar delante de la *villa*.

Ruffo bajó á la playa á fin de ofrecer la mano al almirante en el momento de saltar en tierra.

Cuando Caracciolo llegó á la orilla, encontró al cardenal que estaba ya esperándole.

El almirante arrojó un grito de sorpresa. Había salido de Palermo en aquella misma barca el día en

que fué aceptada su dimisión, y hecho el viaje, unas veces al remo y otras á la vela, costeando el litoral y pernoctando en los puertos de la costa, por cuyo motivo ignoraba la expedición de Ruffo.

Viendo desde lejos la bandera real y un grupo de hombres armados, había hecho rumbo hacia aquel sitio á fin de inquirir la causa de aquellos aprestos guerreros.

Entre Francisco Caracciolo y el cardenal Ruffo no había grandes simpatías. El carácter, las opiniones y los sentimientos de estos dos personajes eran demasiado diferentes para que pudieran ser amigos. Sin embargo, Ruffo apreciaba la honradez y entereza del almirante, y éste sabía estimar en todo su valor el genio del prelado.

Uno y otro eran representantes de las más poderosas familias de Nápoles, ó mejor dicho, del reino de las Dos Sicilias.

Por consiguiente, se saludaron con la sonrisa en los labios y con esa mutua consideración que no pueden negarse dos hombres de mérito.

— ¿ Venís á mí, príncipe? le preguntó el cardenal.

— Eminencia, sería para mí un gran honor viajar en vuestra compañía, si aun estuviese al servicio de Su Majestad; pero el rey ha tenido á bien acceder á

mi súplica y aceptar mi dimisión, por cuyo motivo ya no soy más que un simple ciudadano.

— Añadid, repuso el cardenal, que probablemente no creéis que un sacerdote sea el hombre á propósito para una expedición militar, y que teniendo derecho á mandar como jefe no os amoldaríais á reconocer á un superior.

— Vuestra Eminencia se engaña al juzgarme de esa manera, repuso Caracciolo. En Nápoles aconsejé al rey que organizase la defensa de la ciudad, dándoos el mando general de las tropas, y entonces ofrecí ponerme con todos mis marinos á las órdenes de Vuestra Eminencia ; pero el monarca no lo tuvo por conveniente. Hoy, es ya demasiado tarde.

— Y ¿por qué es demasiado tarde?

— Porque el rey me ha hecho un insulto que un príncipe de mi familia no perdona jamás.

— Querido almirante, en la causa que yo sostengo y por la cual estoy pronto á sacrificar la vida, no se trata del rey ; al emprender la restauración de Fernando, es la de Pío VI la que emprendo, y si lucho por restablecer en el trono de Nápoles al rey de las Dos Sicilias es porque de ese modo restablezco en el trono de San Pedro á Ángel Broschi. Que los napolitanos sean ó no felices en volver á ver á su rey, que los habitantes de Roma suspiren ó no por

la vuelta del papa...¿ qué me importa? Ante todo soy cardenal y debo combatir por el restablecimiento del pontificado.

— ¡ Dichoso Vuestra Eminencia que á lo menos tiene delante de sí una línea de conducta franca y despejada! La mía es más difícil: yo debo elegir entre principios que se oponen á los que sirvieron de base á mi educación, pero que hoy acepta mi inteligencia, y un príncipe al cual me ligan las tradiciones de familia, pero á quien mi inteligencia rechaza. Además, ese príncipe me ha faltado á su palabra, me ha herido en mi honor, ha insultado mi dignidad. A serme posible, permaneceré neutral entre él y sus enemigos ; pero si no tengo más remedio que elegir, preferiré á no dudarlo el enemigo que me honra al rey que me desprecia.

— Querido almirante, acordaos de Coriolán entre los Volscos.

— Los Volscos eran los enemigos de la patria y Coriolán fué un traidor al hacer causa común con ellos para vengarse del pueblo que le desterraba : yo no me hallo en ese caso, Eminencia ; al pasarme á los republicanos, hago causa común con los patriotas, con los que desean la libertad, la gloria y la ventura del país.

Lo sé ; pero natural es que sienta no veros en las

filas en que yo combato, y mucho más encontraros en las del bando opuesto. Y si fuera yo solo el que os encontrara nada tendríais que temer; ¡mas tened cuidado con los Actón, con los Hamilton y con los Nelsón!... ¡guardaos sobre todo de la reina y de su favorita! Si llegáis á caer en sus manos sois perdido, y me será imposible defenderos contra su venganza.

— ¡Cardenal, cada hombre tiene marcado su destino, al cual no puede substraerse por más que haga! respondió Caracciolo con esa indiferencia propia de los que se hallan acostumbrados á arrostrar el peligro. Cualquiera que sea el mío, le sufriré sin murmurar una queja.

— Bien, sigamos cada uno hacia donde nos llaman el deber y la inclinación. Y ahora, preguntó Ruffo ¿queréis comer conmigo? Os obsequiaré con el mejor pescado del estrecho.

— Gracias, cardenal; pero permitidme que rehuse: primero, porque á causa de la tibia amistad que el rey me profesa y del odio que me tienen los cortesanos, podría comprometeros aceptando vuestra franca invitación; segundo, porque la gravedad de los acontecimientos de Nápoles reclama urgentemente mi presencia. Ya sabéis que tengo allí considerables bienes de fortuna y que,

según dicen, los republicanos piensan adoptar medidas de confiscación respecto á los realistas emigrados, en cuyo número podrían incluirme. Si me hallase al servicio del rey, si mereciese la confianza de S. M., poco me importaría lo que de ellos hiciesen; pero, dimisionario y en desgracia, sería un loco si sacrificara por un príncipe ingrato una fortuna cuya posesión me asegurará mi independencia, cualquiera que sea la forma de gobierno que se establezca entre nosotros. Adiós, pues, querido cardenal, añadió Caracciolo tendiendo la mano al prelado; buena suerte, y creed que os deseo todo género de prosperidades.

— Adiós, príncipe; mis deseos respecto á vos serán menos latos: sólo pido al Señor que os preserve de toda desgracia y que siempre os tenga en su santa guarda.

Y después de estrecharse cordialmente la mano, aquellos dos hombres, que tan poderosas individualidades representaban, se separaron para no volver á encontrarse sino en circunstancias terribles que pronto referiremos á nuestros lectores.